

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL GENERAL ALBERTO CARRERA TORRES

Esteban Núñez Narváez



COLECCIÓN
MONTES ALTOS 

LAS ÚLTIMAS HORAS
DEL GENERAL
ALBERTO CARRERA TORRES

COLECCIÓN 
MONTES ALTOS

LAS ÚLTIMAS HORAS
DEL GENERAL
ALBERTO CARRERA TORRES

Esteban Núñez Narváez



Las últimas horas del general Alberto Carrera Torres

© Esteban Núñez Narváez

Primera edición 2013

ISBN: 978-607-8222-51-3

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

*Consolación de la brevedad de la vida es la historia,
a ella ni el espacio ni el tiempo la limitan.*

Juan de Torquemada

Miguel León Portilla afirmaba que la verdadera historia siempre es búsqueda de significados. Al investigar el pasado tomamos conciencia de que no es algo estático, sino fuerzas en movimiento, memoria que podemos crear y re-crear, darle aliento de vida.

La colección *Montes Altos* del *Fondo Editorial Tamaulipas* busca a través de narraciones, investigaciones y documentos históricos, poner en el centro a la historia regional: nuestra historia. Desde las múltiples miradas de sus autores, Tamaulipas muestra su fascinante diversidad en estos textos que tejen los hilos de nuestra memoria colectiva para conocernos y reconocernos, al tiempo que reafirmamos lo que nos identifica y lo que nos distingue.

Estos libros, al establecer un diálogo desde el presente con el pasado, contribuyen a explicar, a comprender, la actualidad y sus claroscuros. Letras, que como pequeñas piezas, se van integrando para edificar historias que nos permiten también valorar la importancia de los logros de nuestros antepasados. Historias heroicas que hacen justicia a los que nos precedieron y buscan favorecer la forja de tamaulipecos comprometidos y sensibles.

Porque reconocemos que “el quehacer histórico puede dar lugar a diversas formas de grandeza”, la colección *Montes Altos* nos revela acontecimientos que se significan

en nuestra *altiva y heroica* tierra a través de ejemplos entrañables. Hombres y mujeres, quienes con sus potencias y sus carencias, edificaron el Tamaulipas que habitamos. Historias que nos dotan de sentido y nos comprometen a fundar espacios sociales que animen la conversación, la solidaridad y el diálogo.

Crear, discutir, significar. Todo eso y más podemos con la historia: construir un Tamaulipas fuerte para todos.

Libertad García Cabriales

Directora General

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Stephan Müller

PRESENTACIÓN

El día 16 de febrero de 1917, el pueblo de Ciudad Victoria presenció con incredulidad y asombro, el momento en que un joven, caminando con dificultad, pues le habrían amputado su extremidad inferior, abandonó el lugar que le sirvió de prisión, frente a la Plaza de Armas, para ser conducido al panteón municipal, donde afrontó con valor y dignidad las descargas del pelotón de fusilamiento que le segó la vida. Recién se había promulgado la Constitución que consagra nuestras garantías individuales.

A las cuatro de la tarde se cumplió la orden de un improvisado consejo de guerra, que la noche anterior lo condenó a la pena capital, con la falsa idea de que al eliminarlo físicamente se extinguirían los ideales por los que luchó hasta el sacrificio; pero al segarle la vida nació la leyenda del tamaulipeco que mejor encarnó al revolucionario auténtico, por su hombría de bien, integridad moral, intransigente en la defensa de sus principios, honestidad acrisolada, de extracción genuinamente popular.

Aquel joven se llamó Alberto Carrera Torres, nació el 23 de abril de 1889, en el rancho Atarjeas, municipio de Bustamante, en la región serrana de Tamaulipas, donde discurrió su infancia entre los campesinos más humildes y marginados, de los que tomó sus ansias de redención. Al ser sacrificado había cumplido 29 años de edad.

Formado profesor en Tula, bajo la dirección del eminente educador Manuel Villasana Ortiz, tomó del maes-

tro los conocimientos que forjaron al hombre, con marcada obsesión por la educación, la libertad y la justicia, principios que lo obligaron a desempeñarse como abogado de pobres. De su madre doña Juana Torres bebió la moral que exige el respeto de los valores de familia; y de ahí que al expedir sus proclamas, advertía a sus soldados no cometer actos de pillaje ni apropiarse de ningún botín, respetar a las familias y a las mujeres, bajo pena de ser pasados por las armas en caso de desobediencia. La cercanía de Tula con San Luis Potosí le permitió conocer el programa del Partido Liberal y el ideario de los hermanos Flores Magón. Revolucionario por convicción de sus ideales, buscaba la transformación radical de las estructuras económica y social del país. Se adhirió desde sus inicios al movimiento de Francisco I. Madero contra la dictadura y se convirtió en uno de los líderes de esa lucha.

Al ocurrir el magnicidio de Madero y Pino Suárez, fue el primero en el país que desconoció al usurpador; pero al levantarse en armas dio a su lucha un sentido revolucionario, pues desde las montañas del suroeste de Tamaulipas, expidió el 4 de marzo de 1913, la Ley Ejecutiva Agraria, que como acción política y de armas desconoció a Victoriano Huerta, aún antes del Plan de Guadalupe de Venustiano Carranza; y como proyecto revolucionario afrontó el problema agrario con la confiscación de los grandes latifundios para el reparto de sus tierras a los campesinos y la restitución de éstas a los pueblos de indios despojados; propone la industrialización de las minas, la construcción de caminos, presas y sistemas de riego para la agricultura; desconoce la deuda interior del porfiriato y cancela deudas a los peones y los campesinos. Maestro al fin, propone como plan de acción la instrucción pública para que el pueblo salga de su atraso ancestral. El

programa de acción que la ley propone y las reivindicaciones sociales que propugna, evidencian una ideología avanzada para su época y un conocimiento completo de los problemas del país, lo que permite afirmar que estaba preparado para ejercer un liderazgo verdaderamente revolucionario.

Iniciada la revolución constitucionalista puso la fuerza de sus armas a las órdenes de Venustiano Carranza, obteniendo importantes victorias en el centro y sur del país; pero el radicalismo de sus ideas y su decisión de no claudicar hasta ejecutarlas, le hizo aparecer como un subordinado incómodo. Fue así que para atraerlo se le propuso la gubernatura de San Luis Potosí, pero al declinarla lo hizo con altivez contestando el telegrama del 12 de noviembre de 1914: “Lucho por la realización de los ideales que persiguen los verdaderos patriotas; no por ocupar puestos públicos”, hecho éste que lo alejó del primer jefe constitucionalista.

Después de la Convención de Aguascalientes de 1914-1915, Carrera Torres decidió deponer las armas y retirarse a Tula para atender su quebrantada salud; allí recibió la visita de José Vasconcelos, que a nombre de Eulalio Gutiérrez, lo invitó a incorporarse al gobierno de la Soberana Convención, invitación que también declinó. Acosado militarmente y consciente de su impedimento físico se entregó en Cárdenas, S.L.P., siendo tomado prisionero, para ser llevado de cárcel en cárcel sin formación de causa por más de un año a Tlatelolco, Guadalajara y Monterrey; hasta que finalmente fue recluso en Ciudad Victoria.

Vistos los hechos a través del tiempo, si bien la historia oficial consigna que el primer reparto agrario de la revolución mexicana, lo ejecutó el general Lucio Blanco en la hacienda Los Borregos, municipio de Matamoros, el 6 de

agosto de 1913; también debemos consignar que se trató de un hecho aislado; pero que la historia del agrarismo mexicano no será completa si omite precisar como antecedente verdaderamente revolucionario, que el general Alberto Carrera Torres, desde las montañas del suroeste de Tamaulipas expidió desde el cuatro de marzo su Ley Ejecutiva Agraria, verdadero proyecto para transformar al país; como también nos atrevemos a considerar que Carrera Torres, en otra circunstancia, pudo haber sido el brazo armado que les faltó a los Flores Magón para ejecutar esa transformación.

A casi cien años de su muerte, el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes y el Museo Regional de Historia de Tamaulipas, publican la crónica: *Las Últimas Horas del General Alberto Carrera Torres*, testimonio de Esteban Núñez Narváez, el cual permaneció inédito desde 1957. Originalmente se tituló: *La última vez que hablé con Carrera Torres*.

Durante mucho tiempo estuvo bajo custodia en los archivos familiares de su hijo el maestro Jorge Núñez Villasana. En un gesto de amistad, facilitó una copia al licenciado Fernando García Arellano, a quien agradecemos su generosidad por compartirla.

José Ascensión Maldonado Martínez

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL GENERAL ALBERTO CARRERA TORRES

De esto, hace hoy cuarenta años, pero antes de narrar dónde, cómo y por qué, haré a grandes rasgos la biografía de este personaje que fue mi amigo, pues nos conocimos desde la escuela primaria en la ciudad de Tula de este estado por los primeros años del presente siglo. Creo que éramos de la misma edad, si acaso le llevaba algún año de diferencia pues yo iba un poco adelante, habiendo sido nuestro maestro en aquella escuela el profesor don Manuel Villasana Ortiz.

Me apegaré a mis recuerdos, pues no tengo más interés que sea conocido desde sus primeros años, ya que debe figurar en la historia de Tamaulipas por haber sido el primero que se levantó en armas en el estado en favor de la causa de Francisco I. Madero, el 21 de mayo de 1911 en la Cd. de Tula, Tam., y así mismo, porque tomó parte muy activa en la revolución desde 1913 en contra del general Huerta, después en contra del señor Carranza en favor del villismo, especialmente en contra del general Luis Caballero, que había sido nombrado gobernador y comandante militar del estado desde la toma de Cd. Victoria en noviembre de 1913, designación con la cual nunca estuvo conforme, de allí que siempre estuvo en guerra con el régimen de este funcionario.

Dividiré estos apuntes en tres partes; la primera como civil, desde joven hasta que lo conocí en la escuela primaria y cuando se inició como revolucionario el 21 de mayo de 1911, en contra del régimen del gobierno del general Porfirio Díaz en favor del señor Madero; la segunda

como revolucionario, desde esa fecha hasta su fracaso en contra del constitucionalismo; y la tercera y última, hasta su muerte el 16 de febrero de 1917, esto hace hoy cuarenta años. Me concretaré a narrar aquellos acontecimientos tal como los presencié por haber sido testigo, que llegaron a mi conocimiento por personas dignas de crédito o por la prensa de aquella época. Conservo algunos recortes de periódicos. El Ing. Vito Alessio Robles, que militó bajo sus órdenes algún tiempo, en sus *Gajos de Historia*, da a conocer muchos datos de la vida de este personaje pues lo trató de cerca como revolucionario y por el conocimiento que tengo de ellos los estimo verídicos. El general Alberto Carrera Torres, tuvo grandes desaciertos como revolucionario, también tuvo hechos que lo enaltecen, pues fue un idealista en favor de la causa del pueblo desde joven. (Los *Gajos de Historia* del Ing. Alessio Robles los llevo al apéndice de esta narrativa).

PRIMERA PARTE

Alberto Carrera como era llamado en la escuela, no era originario de la Cd. de Tula, pero residió en ella desde su infancia, creo que era originario de una hacienda del municipio de Bustamante, Tam., que administraba su padre el señor Candelario Carrera, siendo su madre la señora Juana Torres de Carrera. Tenía varios hermanos, algunos fueron mis amigos: Prudencio, Francisco, Fausto, Eutiquio y Benito (no recuerdo si hubo otros). Vivían en una casa de su propiedad ubicada hacia el poniente de la calle Villerías, mejor conocida por Barrio del Jicote. Vivían cómodamente, pues Alberto siempre vistió de casimir desde muchacho, ya he dicho que su padre trabajaba bien, pues cuando lo conocí era mayordomo del tren de carros de transporte de la casa Castaños de Tula, viajando de esta ciudad a la de Cerritos, S.L.P., y viceversa. Montaba una mula prieta de buena raza y tenía a sus órdenes gran número de hombres, carreros, muleros, rancheros, etc., y posaban en el mesón ubicado en la calle Ramírez Guillén, esquina noreste con la Plaza de la Libertad, mejor conocida por Plaza de Toros, precisamente al lado de la casa de mi padre, donde vivíamos.

Mi instrucción primaria en el año de 1901. El profesor Villasana llamaba a los muchachos que habían tenido buenas calificaciones al final de su instrucción, para auxiliar a los ayudantes; yo fui llamado para auxiliar al ayudante de 3^{er} año en el ciclo 1902–1903. En este año Alberto Carrera llegó al término de su instrucción primaria y fue entonces

cuando nos conocimos e hicimos amistad, pues era comunicativo y muy ceremonioso para saludar. Fue estudioso, revelando desde entonces su carácter, fuerte y tenaz, como vulgarmente se dice “terco”; como había obtenido buenas calificaciones, fue llamado por el profesor para que sirviera en la escuela como auxiliar; no sé qué año auxiliaba, pues yo dejé la escuela en 1903 y Carrera entró por los años 1904–1905, viéndose siempre acompañado de un grupo de muchachos de su barrio que venían a estudiar.

Voy a contar una anécdota que hizo época en la escuela en el año de 1905, de la que fue protagonista Carrera, y que nos revela su carácter. Sucedió así, año por año, desde tiempos muy allá, el día de Corpus que es en el mes de junio y también era el día del santo del profesor, se hacía previamente una colecta entre el alumnado y los ayudantes para hacerle llegar un regalo; y también llevarle la orquesta, ya fuera a su casa o a la escuela por la mañana, pero sin interrumpir las clases. En ese año de 1905 como he dicho, Carrera era un muchacho como de 17 años y era auxiliar de ayudante en la escuela. Tomó la iniciativa de la colecta entre los muchachos y de acuerdo con los ayudantes, nombró a uno de ellos como tesorero, y les dijo, si falta dinero yo lo pongo, pues vamos a hacer una fiesta en grande y no solamente con orquesta, pues ahora viene toda la banda municipal. En aquellos días estaba recién formada la banda, pues se había estrenado el 5 de mayo, siendo su director el Sr. Policarpo Lara, a quien llamábamos Polo. Constaba como de unos veintiséis músicos con instrumentos nuevecitos, pues la junta de festividades cívicas de aquella época que presidía el progresista ciudadano y comerciante honorable don Jesús López, se había empeñado en que Tula tuviera

su banda propia y él personalmente en unión del director, fueron a San Luis Potosí a comprar los instrumentos. Para el día de la inauguración se les hizo a los músicos uniformes de gala, que eran pantalón y chaquetín de paño azul oscuro, aquél con franjas rojas y éste con “golpes” rojos muy elegantes, quepí del mismo color con pompón de fleco rojo. Se inauguró, como ya dije, el 5 de mayo y entre mis papeles viejos guardo una foto de este conjunto.

Faltando pocos días para el de Corpus, Carrera en unión de un grupo de muchachos se apersonó con el profesor Manuel, haciéndole saber la determinación que habían tomado para felicitarlo, pidiéndole su aceptación y así mismo, que se suspendieran las clases por todo el día. Don Manuel, como siempre, fue muy modesto, agradeció los buenos deseos que tenían, pero declinó el agasajo y menos de que se suspendieran las clases, en atención a que estaban próximos los exámenes de fin de año. Ante la insistencia del grupo, don Manuel les dijo que vieran al inspector del distrito, el profesor Alberto Villasana Ortiz (su hermano), quien era la autoridad escolar superior. Carrera con su grupo se apersonó con el inspector, que agradeció el agasajo que se ofrecía a su hermano pero no accedió a la solicitud de suspender las clases, dando las mismas razones, la cercanía de los exámenes de fin de año. Carrera no se desalentó, antes por el contrario cobró nuevos bríos y ya sin consultar a nadie, se dirigió al telégrafo, redactando un largo mensaje con el carácter de “urgente” para el director de educación pública en el estado, residente en Ciudad Victoria, dándole a conocer el deseo del alumnado de felicitar al maestro y pidiendo en nombre de todos la suspensión de clases por ese día. La contestación no se hizo esperar, pues la víspera

en las primeras horas del día, la dirección contestó a Carrera, felicitándolo en unión del alumnado por su justificado deseo de honrar a su maestro y concediendo la suspensión de clases; otro telegrama igual para el inspector para que concediera la suspensión. Carrera andaba feliz mostrando el telegrama a todos sus conocidos y amigos invitándolos para concurrir al agasajo preparado. Tuve el honor de ser uno de los invitados.

A las cinco de la mañana del día de Corpus de 1905, la banda municipal y un inmenso grupo de muchachos y exalumnos estábamos frente a la casa del maestro, ubicada casi al extremo norte de la calle Degollado cerca de su confluencia con la calle Hidalgo. Se tocaron las tradicionales Mañanitas, el maestro salió a la puerta en donde todos lo saludamos, aunque nos invitó a pasar, muchos nos retiramos, quedándose Carrera con su grupo a quienes supimos les ofreció un chocolate. Por la tarde la banda volvió a dar una audición frente a la casa y por la noche una gran serenata en su honor en la plaza Hidalgo. Carrera con su grupo, fueron a la casa del maestro y ante su insistencia, los acompañó a la plaza y dio unas vueltas con ellos, regresando después a su casa acompañado de aquel grupo; por supuesto que Carrera y los muchachos andaban orgullosos.

Así se pasó aquel día, con gran disgusto del inspector, que aunque no lo demostró pues tuvo que aceptar la situación, sí se consideraba sentido porque Carrera le había ganado la batalla, observándose esto porque al concluir aquel ciclo escolar (1904–1905), fue cesado como auxiliar ayudante de la escuela, comunicándole que era por orden de la dirección general. Carrera no hizo ninguna objeción y aunque sabía el origen de su cese siempre tuvo para el pro-

fesor Manuel cariño y estimación, no causándole aquello perjuicio porque, como hemos dicho, tenía de qué vivir, y fue entonces cuando buscó acomodo como amanuense del señor Cipriano Villasana que ejercía como abogado en la ciudad, teniendo su despacho por la calle Guerrero, precisamente frente a la escuela Benito Juárez, de la que él había salido.

(paréntesis muy personal) La señorita Guadalupe Villasana Salinas, hoy mi esposa, era hija del señor Cipriano Villasana y me ha contado, que algunas veces fue a visitar a su padre a su despacho, y al regresar a su casa, Carrera la acompañaba y que era muy platicador; dice que una vez le dijo: “Yo tengo que llegar a ser general, ya me verás entrar al frente de mis soldados”. Replicándole ella: “Cómo vas a ser general si te falla la vista y padeces de una pierna”. Contestándole aquél: “Tú dirás lo que gustes pero ya lo verás algún día”. Efectivamente, Carrera era miope y tenía una lesión en una pierna, no recuerdo de cuál, pero cojeaba, con el tiempo se la amputaron sustituyéndosela con una de hule, por lo que usaba bastón; desde joven usaba también anteojos por su miopía. Desde entonces fuimos amigos un poco más, pues cuando me casé en 1911, Carrera aceptó de muy buen grado ser uno de los testigos de mi matrimonio, ya que la novia era hija de su antiguo jefe y yo su ex discípulo y amigo, pues siendo yo escribiente del Juzgado de 1ª Instancia de mi ciudad natal, Carrera litigaba como agente de negocios y sabido es, que entre los litigantes y los empleados de los juzgados siempre hay buenas relaciones. Nos hizo un regalo en efectivo pues me dijo que me serviría más que algún otro regalo. Desde entonces, y por siempre, Alberto, muchas gracias.

Vuelvo a mi narración interrumpida. Carrera hizo ahí con el señor Villasana sus primeras armas como agente de negocios judiciales, pues éste le confiaba algunos negocios y bajo su dirección los seguía ante las autoridades, pasando muchas horas ayudando en los juzgados, pues era simpático en su trato. Escribía a mano usando la escritura vertical y usaba términos un poco rebuscados que su jefe trató de corregir, allí continuó Carrera hasta por el año de 1907, en que supe que había sido nombrado director de la escuela primaria de la villa de Miquihuana, Tam., que pertenece también al 4º distrito del estado, en donde trabajó hasta principios de 1909, según recuerdo.

Aquí voy a narrar otro episodio interesante de su vida: La villa de Miquihuana está situada al norte del distrito y colinda con el estado de Nuevo León, teniendo muy cerca la villa de Doctor Arroyo de ese estado. En el municipio de Miquihuana había varias haciendas de la propiedad de la casa Castaños, españoles que tenían su establecimiento principal en la ciudad de Tula. Entre las citadas haciendas que recuerdo eran La Perdida, La Peña, y otras con gran número de trabajadores o peones, que domingo a domingo por la mañana, concurrían a Miquihuana con sus boletas de trabajo semanal para su raya, estando situada la casa principal frente a la plaza y era el encargado de ella, Antonio Gallegos, español autoritario y tirano como los de su época. Allí se les liquidaba su trabajo semanal con mercancías en primer término (excusado es decir que a los precios que ellos fijaban), y el resto, si sobraba, se los pagaban con fichas de latón de diversos valores. El poco comercio de la villa estaba abatido, pues aquellas fichas sólo tenían valor en la tienda de raya y los campesinos estaban obligados a comprar allí aunque no quisieran, al que no las aceptaba lo corrían.

Carrera, que como hemos dicho era el profesor de la escuela, al darse cuenta de aquella situación, comenzó a platicar con los comerciantes y éstos a su vez con los campesinos, de que las tiendas de raya estaban prohibidas por la Constitución de la república y con mayor razón por la forma como se les pagaba su trabajo a los campesinos.

Esta idea fue tomando cuerpo entre estos últimos, quienes ocurrían a platicar con el profesor Carrera y así se fue haciendo ambiente, hasta que un domingo a fines del mes de noviembre de 1908, un grupo numeroso, participando hombres, mujeres y niños, llegaron frente a la tienda de raya encabezados por el campesino Leónides Pérez, y en forma mesurada pero enérgica se negaron a recibirla en la forma que se les venía haciendo, exigiendo que se les hiciera en dinero efectivo para tener libertad de comprar en donde ellos quisieran. El español Gallegos puso el grito en el cielo y hubo quien me contó después, que furioso quiso hacer uso de su carabina para castigarlos, pero los empleados lo calmaron porque aquello daría lugar a acontecimientos más graves, ya que hasta ahí la actitud de los campesinos era pacífica. Las autoridades locales, temiendo que el orden se alterara pidieron auxilio a las de Dr. Arroyo, N. L., que como dije es la villa más cercana y de allá vino una sección de rurales el mismo día domingo por la tarde, solamente para guardar el orden pues los campesinos no se habían retirado, aunque sin hacer escándalo ni ninguna demostración de desorden. Se dio aviso pidiendo ayuda al gobierno del estado y al juzgado de 1ª instancia en Tula, del que estaba a cargo del Lic. Alfonso Portes. Gallegos, por su parte, habló por teléfono con la casa Castaños, ponderando los acontecimientos y acusando a las autoridades de Miquihuana de

falta de garantías, porque no se había aprehendido a ninguno de aquellos individuos, a quienes aplicaba en calificativo de “bandidos”, y por su parte Castaños se dirigió al gobierno del estado y creo que hasta al de la república, pues era aquello un movimiento inusitado. Al día siguiente, lunes por la mañana, al llegar los empleados al juzgado, encontramos al juez muy nervioso, mostrándonos un mensaje del gobierno, en el cual se le ordenaba trasladarse a Miquihuana para instruir proceso contra los que resultaran inodados en aquellos actos delictuosos, según el telegrama. La casa Castaños proporcionó un coche, la presidencia municipal comisionó una sección de la policía montada al mando del comandante Juan Charles Aguilar para custodia del personal del juzgado. El juez salió un poco antes del mediodía, con los escribientes Nicasio Requena y Casimiro Aguilar, quedando el alcalde primero municipal al frente del juzgado con los escribientes Rafael Gutiérrez, Tiburcio Molina y el que esto escribe, para cualquier caso de emergencia.

A su regreso me contaron los compañeros los acontecimientos y vi el proceso instruido en contra de Leónides Pérez y otros por el delito de asonada o motín. El alcalde de Miquihuana sólo había levantado una acta a solicitud de Gallegos, pero no había procedido contra nadie, pues la gendarmería de Dr. Arroyo, N. L., sólo se había concretado a guardar el orden por si se alteraba. Al día siguiente de su llegada a Miquihuana, llegó un regimiento de caballería de la federación al mando de los coroneles Antonio Rábago y Manuel García Lugo, retirándose los gendarmes de Nuevo León; se hicieron varias aprehensiones por los gendarmes de Miquihuana, ayudados por los que habían ido de Tula, llegando pocos días a esta ciudad varios presos custodiados

por rurales de Miquihuana; que los prisioneros se habían portado como los hombres, porque aunque se trató de saber quién los había soliviantado no denunciaron a nadie, menos al profesor Carrera, a quien dijeron conocer por ser el maestro de la escuela, pero que no tenían tratos con él. El juez, que como he dicho alguna vez, me guardaba estimación porque nos habíamos conocido en la escuela primaria allá por los años del 96 al 97 del siglo pasado, en lo particular me contó sus impresiones sobre que aquellos hombres tenían razón y que había sido más el ruido, pues no habían ejecutado ningún hecho delictuoso, pero se había visto obligado a proceder contra algunos para cubrir las apariencias, pues el gobierno había ordenado que se tratara el caso con todo el rigor de la ley contra los trastornadores del orden público, que aunque Gallegos acusaba al profesor Carrera de ser el instigador, los detenidos ninguno lo acusaba, por lo que no procedió en su contra, aunque él tenía la convicción de que sí había sido, notando por mi parte que le había sido simpático aquel acontecimiento, pues miraba con desprecio el trato que se daba a aquella gente, especialmente que les pagaran su trabajo con fichas; tuve en mis manos algunas de ellas. El proceso siguió su curso, aunque no recuerdo a qué pena se condenó a aquellos hombres, pero debe haber sido una pena benigna porque al poco tiempo salieron en libertad. Estos hombres fueron de los primeros que se alistaron con Carrera Torres, cuando éste se levantó en armas en contra del régimen del general Porfirio Díaz y en favor del Sr. Madero, en la Cd. de Tula, el 21 de mayo de 1911.

Gallegos y Castaños, no habiendo logrado su objeto de que se procesara a Carrera, le siguieron “las causas” como se dice vulgarmente, logrando a principios del año de 1909

que lo cesaran como profesor de la escuela y lo acusaron ante el juzgado 1º de distrito en Tampico, no sé por qué delitos, el caso fue que este tribunal le abrió proceso y por exhorto pidió su aprehensión al juzgado de 1ª Instancia de Tula y éste a su vez por el alcalde municipal de Miquihuana, quien lo remitió a Tula bajo la custodia del comandante de policía de la villa y lo presentó al juez, llegando acompañado de su padre el señor Candelario Carrera, quien fue con él hasta Tampico, él tenía práctica en negocios judiciales y buscaron los oficios de un buen abogado. Recobra su libertad, creo que no llegó a dictarse en su contra auto de formal prisión. Carrera volvió a Tula dedicándose a litigar como agente de negocios, estableciendo su despacho en la casa de la señora doña Cuca Gutiérrez, ubicada en la calle Lerdo de Tejada, frente a la esquina suroeste de la plaza Hidalgo, allí lo vemos trabajando hasta pocos días antes de su levantamiento en favor de Madero, en la fecha que antes he mencionado. De manera que durante los años de 1909, 1910 y principios de 1911, se ocupó de aquellas labores, logrando hacerse de clientela, especialmente entre la gente pobre que le guardó confianza. A algunos no les cobraba honorarios, pero ellos lo recompensaban en alguna forma, llevándole regalos, así que su despacho se miraba siempre con gente. Se hizo muy popular, pues recuerdo que en el año nuevo de 1910, mandó hacer un gran número de tarjetas de felicitación impresas y muy llamativas, las cuales envió por correo a casi todas las muchachas de la ciudad de todas las clases sociales. Con nosotros los escribientes, llevaba muy buenas relaciones y nos hacía obsequios de cuando en cuando. Una vez en la feria de noviembre de 1910 (Feria de todos los santos como se le llamaba en Tula), nos obsequió una cena en uno de los mejores

restaurantes de los instalados en la feria; lamentó la muerte del juez Lic. Portes que había fallecido el mes anterior, octubre. Nosotros le ayudábamos, dándole pronto trámite a sus negocios y el mismo juez le tuvo estimación (ya he dicho que el movimiento de Miquihuana le había sido simpático) por su honradez y porque ayudaba a la gente pobre. Varias veces por impedimento del defensor de oficio nos ordenaba nombrar a Carrera, quien aceptaba de muy buen grado aquellos encargos porque le proporcionaba medios de hacer clientela y porque le revelaba la confianza del juez.

Era muy original en sus escritos, usaba términos muy floridos; vestía correctamente y como dije anteriormente usaba sombrero bombita. En las fiestas patrias aunque no lo nombraran orador, él se hacía presente y pedía la palabra, pues decía que el pueblo tenía derecho de ocupar la tribuna para la expresión de sus ideas y para honrar la memoria de los héroes de la patria. Escribía sus discursos a mano, usando la escritura vertical como ya lo he dicho. En ese año de 1910 que fue el del Centenario de la Independencia Nacional, tomó parte muy activa en la preparación de algunos festejos, en los días 15 y 16 mandó adornar el frente de su despacho con un gran retrato del padre Hidalgo y la bandera nacional.

Estos son a grandes rasgos de que me acuerdo, los acontecimientos más notables de su vida dentro del terreno civil del que fuera más tarde el general Alberto Carrera Torres. Quien inició su vida como revolucionario, el 21 de mayo de 1911.

SEGUNDA PARTE

La vida del general Alberto Carrera Torres como revolucionario está llena de episodios de diferente índole, por lo que me limitaré a narrarlos en forma de efeméride, algunos como los presencié por haber sido testigo y otros que fueron de mi conocimiento por personas dignas de crédito o por la prensa de entonces.

El domingo 21 de mayo de 1911, como a las cinco de la mañana, la ciudad de Tula, despertó sobresaltada por la irrupción de un grupo como de trescientos hombres por diversos rumbos de la misma, en tropel desusado, disparando sus armas de fuego al grito de ¡Viva Madero!, encabezados por Alberto Carrera Torres, ostentándose como general del ejército libertador. Asaltaron la cárcel pública, haciendo huir en desbandada a la gendarmería municipal, habiendo hecho resistencia solamente un gendarme llamado Timoteo Uresti, que mató a algunos de los primeros que se presentaron, resultando él mismo herido. Echaron fuera de la prisión a los reos, que en su mayoría se les unieron. Principió el saqueo a las tiendas de Castaños y Ochandarena (españoles), así como a la presidencia municipal, tesorería municipal, colecturía de rentas y juzgado de 1ª instancia, habiendo sido luego incendiados los edificios de estas oficinas, incendios que duraron todo el día y toda la noche, habiendo sido incendiados también por la noche los potreros de Castaños que tenían por el rancho de Los Charcos; hubo varios muertos en el pueblo, algunos

se aprovecharon de la situación para venganzas personales, y otros por disputarse las cosas que saqueaban. La gente en lo general era presa de un pánico terrible, pues se temía que aquellos hombres borrachos como andaban en su mayoría, unidos a los criminales excarcelados cometieran mayores depredaciones; uno de los jefes que acompañaba a Carrera Torres, llamado Pedro Muñiz mató a algunos tratando dizque de reprimirlos, por los cuales, pasados algunos meses e imperando ya el orden y habiéndose quedado a vivir éste en la ciudad, pues era de oficio fotógrafo. Los deudos de aquellos muertos lo acusaron y fue procesado, habiéndosele puesto preso en el cuartel del 5º cuerpo rural de la federación que por entonces guarnecía la plaza, por considerar insegura la cárcel. Recuerdo que fue sentenciado a dieciséis años de prisión.

Acompañaban a Carrera Torres, su hermano Francisco, muy joven entonces y hoy general de división, Pedro López Morales, Pedro Muñiz, Pedro Ruiz Molina, los hermanos Margarito y Apolonio Vázquez (que fueron de los principales), pues se dijo que estos señores habían sido los principales iniciadores de la revolución en aquella región, porque eran parientes de los señores Francisco y Lic. Emilio Vázquez Gómez de origen tulteco, iniciadores con otros del movimiento maderista en la república y con quienes estaban en comunicación, sólo les faltaba un jefe por no considerarse capaces para jefaturar aquel movimiento en Tula, habiendo sido ellos los que buscaron a Carrera Torres para el caso, por lo que en aquella ocasión figuraron como sus subalternos.

El día martes 23, como a las diez de la mañana, Carrera Torres al frente de sus fuerzas, se constituyó con su estado mayor en el kiosco de la plaza y a los acordes de la

banda municipal que dirigía el Sr. Policarpo Lara (Polo), hizo la designación de autoridades, nombrando al ayuntamiento bajo la presidencia del señor Filiberto Sustaita, habiéndose instalado en la Sucesión Landeta, ubicada en la esquina nor-este del crucero de las calles Lerdo de Tejada y Dr. Millet. El ayuntamiento inmediatamente comenzó a reorganizar los servicios públicos, llamando por orden del general a los jefes de la policía y éstos a su vez reorganizaron la policía municipal. Luego fueron llamados los empleados municipales y nombraron tesorero al señor Tarquino Jiménez, habiéndonos llamado también para organizar el juzgado de 1ª instancia, que estuvo a cargo del juez 1º municipal, señor Braulio González, hasta que el gobierno del estado hizo la designación de juez en la persona del Lic. Manuel González Salinas, que llegó a Tula en agosto de ese año y otorgó su protesta como tal el día doce ante el ayuntamiento, presidido por el Sr. Filiberto Sustaita, que había sido reconocido por el gobierno para evitar nuevos trastornos; el acto de protesta tuvo lugar a las tres de la tarde en el local que fuera anteriormente la tesorería municipal (esquina suroeste de las calles Lerdo de Tejada y Matamoros), frente a la plaza Hidalgo, que fue el primer local que se reedificó después del incendio. Conservo una copia del discurso del Lic. González Salinas que produjo después del acto de su protesta.

A consecuencia de los Tratados de Ciudad Juárez, Chih., en mayo de 1911 y por insinuación de los hermanos Vázquez Gómez según se supo, fue designado gobernador interino del estado el Lic. Espiridión Lara, vecino de Tula y tulteco de nacimiento, hombre probo y honorable quien vino a esta ciudad y tomó posesión de su cargo por decreto número 112, del H. congreso del estado, el 31 de mayo de

aquel año. Con este nombramiento no estuvo de acuerdo Carrera Torres, porque el licenciado Lara había sido apoderado general jurídico de la casa Castaños (sus enemigos). Sin embargo, tuvo que aceptar la situación porque vino a Tula por orden del gobierno del centro a hacerse cargo de la plaza el 5º cuerpo rural de la federación, al mando del teniente coronel José Ibáñez, que llegó a la ciudad el 13 de junio, y la Secretaría de Guerra dispuso el licenciamiento de las fuerzas de Carrera Torres, lo que sucedió a fines del mes con intervención del mayor maderista Jesús Mendiola. Fue también licenciado en esos días el cuerpo de voluntarios que había formado en noviembre de 1912, el teniente coronel José Montesinos y que volvió de Dr. Arroyo, N. L., lugar al que había sido movilizado en el mes de abril anterior, por lo que el día 21 de mayo solamente la gendarmería municipal guarnecía la población. El mismo Carrera Torres fue llamado a la Cd. de México y desde esa fecha no volvimos a verlo en Tula, hasta el día 6 de diciembre de 1913 que regresó como general del ejército constitucionalista en favor del Plan de Guadalupe, que había sido expedido en marzo de aquel año por Venustiano Carranza en contra del régimen del gobierno del general Victoriano Huerta, que se inició al consumarse el asesinato de Madero y Pino Suárez, presidente y vicepresidente de la república en febrero de 1913. (Hechos conocidos por la historia).

El licenciado Espiridión Lara, que como dije, se hizo cargo del gobierno del estado el 31 de mayo de 1911, al rendir el primer informe de gobierno ante el congreso local el 15 de septiembre del citado año, al referirse a los acontecimientos del 21 de mayo en la Cd. de Tula, dijo literalmente: “El 21 del último mayo entró a Tula, titulándose maderista,

el señor Alberto Carrera Torres, al mando de una fuerza compuesta de gente de la jurisdicción de aquella ciudad y de los pueblos inmediatos, incorporándose después los presos que quedaban en la cárcel, pues una parte se había evadido algunos días antes. El referido Carrera Torres, se apoderó de la plaza, sustituyó a las autoridades y fueron incendiados los archivos y muebles del ayuntamiento, tesorería municipal, juzgado de 1ª instancia, juzgados menores y 6ª colecturía de rentas. También fueron incendiados los edificios que ocupaban estas oficinas y fueron además saqueadas e incendiadas después las casas de comercio de los señores Pío Ochandarena y Testamentaria Castaños. Igualmente fueron incendiadas las cercas del potrero ubicado en Charcos, propiedad de la segunda de las casas nombradas.

(falta una página completa)... tensión nerviosa por las continuas amenazas de que se repetirían los actos del 21 de mayo y daños que sufrían las gentes en las rancherías, pues algunos de los subalternos del general Carrera Torres *(falta una línea completa)* otra determinada, por lo que la fuerza federal siempre estaba en movimiento saliendo con frecuencia a perseguirlos, haciendo redadas de campesinos que llevaban a Tula, de este lugar (sin duda los más revoltosos o que no tenían quien abogara por ellos) eran conducidos a Tampico, sabiéndose que a muchos los consignaban a las filas, pues sabido es que el ejército federal de entonces, estaba integrado en esa forma, lo que dio en llamarse de “leva”.

Uno de los cabecillas de la gente de Carrera Torres, llamado Exiquio Eguía, que fue de los excarcelados el 21 de mayo, atacó dos veces la ciudad: el 27 de octubre de 1912 y el 15 de febrero de 1913, ostentándose como orozquista. En las dos ocasiones fue rechazado y en la última fue muerto

en unión de varios de sus hombres al atacar el cuartel de la pequeña guarnición de la plaza (pues eran como unos cincuenta hombres) al mando del teniente coronel Clemente G. González, jefe de una fracción del 27º regimiento irregular. El cuartel estaba situado en la acera oriente de la calle Juárez entre las de Dr. Millet y Ramírez Guillén, Eguía y varios de sus subalternos quedaron muertos como a una media cuadra de distancia, esquina con la plaza conocida por la Plaza de Toros.

En el mes de marzo de 1913, llegó a la ciudad la noticia de que Carrera Torres había aparecido en el municipio de Bustamante, en rebelión en contra del régimen del gobierno del general Huerta, siendo por lo tanto mayor la zozobra e inquietud en la región, por lo que varias familias de las principales de Tula, Bustamante, Miquihuana y de algunas rancherías comenzaron de nuevo a emigrar hacia San Luis Potosí y Tampico. La fuerza federal reforzada con otros contingentes del 28º regimiento irregular y del 16º regimiento de línea, se pusieron en acción, saliendo con frecuencia a perseguirlos en columnas volantes, pues se supo que la mayor parte de los que estuvieron con él, el 21 de mayo de 1911, se le habían reunido; entre ellos, Pedro Muñiz que había recobrado su libertad en esta ciudad al pasar su causa al tribunal superior de justicia del estado, quien, por lo que había pasado, le tenía un odio feroz a la ciudad, y al frente de un grupo de alzados cometía miles de tropelías entre los poblados por donde pasaba, llegando a tal grado el encono entre las gentes de Muñiz y los vecinos de los lugares por donde merodeaba, especialmente los vecinos acaudalados, que estos se reunieron y vinieron a Cd. Victoria, a ponerse de acuerdo con el gobierno para defenderse, formando un escuadrón que se

llamó Escuadrón Victoria, con gente de sus ranchos, gente de a caballo y resueltos. Allí encontramos jefaturando aquel escuadrón a los hacendados Eustaquio Pardo, Felipe Álvarez y hermanos, Fausto Báez, Fructuoso Alemán y otros muchos, coadyuvando con las partidas de volantes federales en la persecución de Carrera Torres, pero muy especialmente en contra de Pedro Muñiz. Logrando en una ocasión darle alcance y sorprenderlo, dándole muerte; una vez consumado esto, le cortaron la cabeza y como si hubiéramos vuelto a los tiempos de la barbarie, se la llevaron en una pica a Tula, exhibiéndola en un paseo militar y luego la colgaron de un árbol de la plaza principal (esquina noreste). Hasta que el cura de la parroquia fue a suplicarle al jefe militar que terminara aquel espectáculo, que en general la gente de la ciudad vimos con horror, temiendo con justificación las represalias que aquello iba a originar. El sacerdote recogió aquel despojo humano y lo mandó sepultar al cementerio.

El general Carrera Torres, como he dicho, siempre fue un idealista en favor de la causa del pueblo, no obstante las persecuciones de que era objeto; publicó una ley que llamó Ley Ejecutiva del Reparto de Tierras, que firmaron, él en primer término y todos sus subalternos, la cual sería cumplida y ejecutada tan pronto como fueran cayendo en poder de la revolución las propiedades de los enemigos. Yo vi un ejemplar impreso pero nunca pude hacerme de uno pues la persona que me lo mostró no quiso deshacerse de él, sabiéndose que todo lo que caía en su poder que fuera de los que lo perseguían, lo repartía entre los pobres, de allí por qué lo seguía mucha gente, le daban parte de los movimientos de los federales y lo tenían al corriente de todo lo que pasaba en Tula.

El 24 de octubre de 1913, atacó la ciudad, pues sorprendió una avanzada federal al mando de un subteniente llamado Gilberto Maxemín, por el camino que va a Matehuala en el punto conocido por Loma de las Pachoncitas, como a las once de la mañana y los hizo pedazos, salvándose unos cuantos, por lo que se generalizó luego el combate que duró toda la tarde y que fue muy sangriento entre ambos combatientes, habiendo sido rechazado casi al oscurecer. Mandaba la plaza el teniente coronel Clemente G. González, quien tenía a sus órdenes fracciones de los cuerpos 27 y 28 irregulares del 10° de rurales de la federación, el Escuadrón Victoria, y del 10° regimiento de caballería de línea al mando del capitán 1° Regino Jiménez, que fueron los que decidieron la acción con una carga de caballería muy sangriento por el rumbo del Paseo Prieto, hoy campo de aviación.

A fines del mes de noviembre de 1913, llegó derrotado a Tula el general Antonio Rábago, gobernador y comandante militar del estado, pues había sido desalojado de Ciudad Victoria el 18 de ese mes por las fuerzas constitucionalistas al mando de los generales Pablo González, Luis Caballero y otros muchos. Este gobierno se instaló en los altos de la casa Dosal mientras se rehizo un poco, siguiendo luego a Tampico, dejando una fuerte guarnición al mando del teniente coronel Rafael Urquiza, pues según se dijo que al llegar a Tampico, se organizarían tropas de aquella ciudad, de Monterrey y Tula para recuperar Ciudad Victoria. Con Rábago salió mucha gente de las familias principales, pues iban también muchas familias, siendo jefe de la columna el general Juan de Dios Arzamendi, quien llevaba un brazo en cabestrillo, montado a caballo acompañado de un trompeta,

estuvo parado a la entrada de la calle de Iturrigaray, mejor conocida por El Divisadero (salida para Cerritos, S.L.P.), arroyo de los Muertos de por medio, ordenando la columna y el acomodo de las familias para su seguridad. Esta columna llegó a Cerritos, con buena suerte sin novedad, pues aunque las fuerzas del general Carrera Torres se encontraban cerca, no molestaron a nadie, pues por órdenes de éste se limitaron a observar el paso de aquella gente desde los cerros cercanos con el objeto de no perjudicar a las familias.

En los días primero y 2 de diciembre, Carrera Torres, atacó la ciudad pero sin éxito alguno, pues se dijo que sólo lo hacía para tener en jaque a los federales para que no salieran de la plaza, pues se tenía conocimiento de que la columna federal del general Rubio Navarrete procedente de Monterrey, intentó recuperar Ciudad Victoria, pero había sido rechazada y que las fuerzas constitucionalistas de Victoria avanzaban sobre Tampico. Esto fue confirmado la tarde del día 4 de diciembre al llegar una columna federal procedente de Cerritos, S.L.P., pues llevaba la orden de evacuar la plaza de Tula al día siguiente, reconcentrándose todos sus efectivos a Tampico, como así sucedió.

Excusado de decir que desde esa hora, fue un movimiento inusitado entre las familias de Tula que todavía se habían quedado después de la salida con el general Rábago. Aquellas gentes se dedicaron a buscar vehículos o cualquier medio de transporte para salir, ya que la salida se anunció para las seis de la mañana del día 5 de diciembre. Daba lástima y dolor ver grupos de señoras, señoritas y niños salir a pie de la ciudad como si fueran de paseo. Los que nos hicimos el propósito de quedarnos, lo hicimos con secreto de los elementos federales, confiando en que no habíamos

tomado participio de la famosa Defensa Social y de la amistad que teníamos con el general Carrera Torres; tratamos de convencer a algunas personas para que no se fueran, pero no lo logramos, pues era muy negro lo que se decía venían haciendo los carreristas como así se les llamaba. Supimos que en lo general las gentes que se fueron, sufrieron penalidades sin cuento en la odisea; que muchas familias se quedaron en el camino y tan fue así, que a los pocos días comenzaron a regresar algunas, sin ser molestadas. Por la tarde del día cinco, la ciudad presentaba un aspecto triste y desolador, la última columna federal que estaba sobre el Cerro de la Cruz, fueron los Charros del 10° regimiento; quemaron las casas y el parque que allí tenían y salieron de la ciudad como a las doce del día. Las casas de muchas personas que se fueron, las tiendas y oficinas se quedaron abiertas, de manera que aquello presentaba un aspecto desolador. Honra a la gente que quedó en la ciudad que nadie se atrevió a entrar a ellas, menos a tomar nada. Esa tarde como a las cinco, una partida como de diez hombres a caballo entró a la ciudad, llegando a la presidencia municipal que estaba abierta, algunos entraron volviendo a salir y dar una vuelta por la calle Lerdo de Tejada, llegando hasta la terminación de ella al sur (Arroyo de los Muertos), concretándose a saludar a los vecinos que curiosamente estábamos en las puertas de nuestras casas esperando los acontecimientos como fueran. Nos informaron que el General llegaría por la noche, pues ellos habían venido de avanzada, pero que no tuviéramos temor porque el General había dispuesto que se guardara el mayor orden posible bajo penas severas. Por la noche, las principales calles estaban entonces y creo todavía, empedradas, percibimos muy claramente la entrada de fuerzas a caballo,

(creo que la mayor parte de la gente estábamos despiertos) pero sin ningún escándalo ni gritos ni disparos ni otros rumores que causaran pánico en los habitantes. Así amaneció la ciudad de Tula, el día 6 de diciembre de 1913, ya bajo el dominio de la revolución constitucionalista.

En las primeras horas de ese día, supimos que el general Carrera Torres había amanecido en la ciudad, hospedándose en la casa de doña Cuca Gutiérrez, en donde había tenido su despacho de agente de negocios antes de convertirse en revolucionario. Por la tarde instaló su oficina en la casa Dosal, estableciéndose una fuerte guardia en el portón que estaba ubicado (y todavía está) en la calle Hidalgo, allí comenzó a recibir visitas y a llamar a algunas personas que supo que se habían quedado, entre ellas a mí. Al presentarme en la oficina del General, me recibió un joven que fungía como secretario llamado Xavier Pantoja, (creo que éste con el tiempo llegó a ser general) con quien luego hice amistad, pues ya el General le había hablado de mí cuando me mandó llamar. Al salir de las habitaciones interiores y verme, nos saludamos abrazándonos; me preguntó por mi familia, por mi suegro que había sido como he dicho su antiguo jefe y por los muchachos del juzgado, lamentando que se hubieran ido y me sugirió que si había manera de llamarlos, que lo hiciera, pues él los recordaba con afecto, por la amistad que había tenido con nosotros en el juzgado. La plática fue un poco larga, me contó de sus campañas y que la revolución triunfaría, pues por el norte los federales habían perdido las principales plazas; por último me indicó que si reorganizaba el juzgado, me llamaría. Nos despedimos volviendo a mi casa ya con el espíritu más tranquilo.

Ese mismo día se nombró al teniente coronel Pedro Ruiz Molina, interventor en nombre de la revolución, de las casas, establecimientos comerciales y oficinas que habían quedado abandonadas. La imprenta propiedad del señor Telésforo Villasana, fue una de las primeras intervenidas, se mandó buscar a los tipógrafos y se publicó un “manifiesto” que distribuyeron por la tarde los soldados, el cual fue suscrito por el General y por sus principales jefes, dando garantías a todos los vecinos que se hubieron quedado en la ciudad, porque aquello constituía reconocimiento a la causa constitucionalista, disponiendo penas muy severas en contra de los que de alguna manera alteraran el orden o atentaran en contra de las familias o vecinos, se hacía un llamamiento a todas las personas que mal aconsejadas por los federales se habían ido con ellos, invitándolas a volver, ofreciéndoles garantías y manifestando al pueblo que muy pronto se nombrarían las autoridades civiles para la normalidad del orden y garantía de la población. Este manifiesto trajo tranquilidad a la gente y con ese motivo la ciudad entró de nuevo en movimiento, pero ya de una manera muy raquítica, toda vez que los principales comerciantes y hombres de negocios con sus familias se habían ido, y los principales comercios estaban intervenidos y sus mercancías eran pocas para la tropa y gente de las rancherías que venían a la ciudad en busca de alimentos.

Aquí comienza una nueva etapa de la vida revolucionaria del general Alberto Carrera Torres. Se dedicó luego a reorganizar su gente y a ponerse en estado de defensa, pues se comenzó a rumorar que los federales volverían y esto nos puso en tensión a todos los vecinos; con buena suerte nada sucedió y sí pudo confirmarse por la prensa (que algunas

veces llegaba), de los triunfos de la revolución en la mayor parte de la república.

El día primero de enero de 1914, el general Carrera Torres, convocó al pueblo a la plaza principal y frente a su ejército nombró al ayuntamiento, designando presidente municipal al Sr. Policarpo Lara, que como he dicho era el director de la banda municipal. Se nombró como juez 1° municipal al Sr. Atanasio Catache, personas estas que organizaron sus oficinas con gente de su confianza; así mismo se nombró jefe de la plaza al teniente coronel Pedro Ruiz Molina, que fue ascendido a coronel, instalándose la jefatura militar en el edificio conocido por Hotel Diligencias, ubicado en la acera oriente de la calle Juárez, entre las de 5 de Mayo y Dr. Millet. En estas circunstancias, Carrera Torres desconoció desde luego al gobernador y comandante militar del estado, general Luis Caballero; quien, como he dicho, había sido nombrado como tal al tomar la plaza de Victoria las fuerzas constitucionalistas el 18 de noviembre de 1913, pues manifestó que en aquella región sólo él mandaba porque a él le había costado; prácticamente desde aquella fecha los municipios de Tula, Bustamante y Miquihuana quedaron sustraídos de la acción del gobierno del centro del estado, de manera que los generales Carrera Torres y Caballero, quedaron distanciados desde entonces.

Por esos días, sufrió la población un fuerte choque de nervios, pues una mañana en un corto lapso de tiempo (una hora más o menos), fueron fusiladas cuatro personas, tres de ellas muy conocidas en la ciudad: los señores Juan Alfaro, Cenobio e Isaac Camacho, así como un individuo cuyo nombre no supimos, fueron fusilados en la Plaza de Toros como a media cuadra de mi casa. El señor Alfaro fue

fusilado al lado poniente de la placita del Comercio, porque era el administrador de la hacienda El Caracol, propiedad de los señores Álvarez, que fueron los que formaron el Escuadrón Victoria de que hablé en otro párrafo; Isaac Camacho, frente al kiosco de la plaza principal, y Cenobio del mismo apellido, en la plaza de Canales, porque se dijo eran enemigos personales del General. A Cenobio lo conocía de cerca, porque algún tiempo litigó en los juzgados como agente de negocios, le decían por apodo Orejita, porque tenía una oreja deforme y pequeña. Alguna vez me supuse que entre éste y Carrera Torres, hubo algún disgusto, pues ambos litigaron como agentes de negocios en la misma época.

La ciudad se sobrecogió de pánico y por algunos días se advirtió zozobra y poco movimiento; con buena suerte ya no hubo otras novedades. El General habiendo reorganizado su gente, avanzó para el centro de la república, estableciendo su cuartel general en Guadalcázar, S.L.P., siendo su principal objeto interrumpir el tráfico ferrocarrilero entre Tampico y San Luis Potosí. Atacó y tomó la plaza de Cerritos en los últimos días de febrero de 1914, haciendo prisionero al coronel federal Pablo Quintana, jefe de la plaza, quien fue llevado a Tula. No supe el fin de éste, pero creo que debe haber sido puesto en libertad porque ya no fue visto en la ciudad.

En los últimos días de abril, llegaron a Tula contingentes de tropa de Carrera Torres, custodiando un gran número de prisioneros, entre ellos algunos jefes y soldados federales, sabiendo que el día 24 ó 25 de ese mes, en las primeras horas de la mañana, había sido dinamitado un convoy de tropas federales en un lugar conocido por la Herradura, de la vía férrea entre San Luis y Tampico, que había

sido un triunfo para las fuerzas constitucionalistas, porque el convoy era muy numeroso de tropas de línea que iban para Tampico al mando del general Juan de Dios Arzamendi, quien había resultado herido en el combate y había muerto después en Guadalcázar, donde había sido conducido por más cerca para atenderlo.

Han pasado muchos años de este acontecimiento y he podido recoger dos versiones acerca de éste, contradictorias entre sí. Una, escrita por el Ing. Vito Alessio Robles, en las revistas *Siempre* y *Sucesos para todos*, publicada en los años de 1955 y 1957, en la cual expresa que militaba a las órdenes de Carrera Torres, como jefe de su estado mayor; y la otra, publicada en el magazine *Prensa*, de San Antonio, Texas, E.U.A. el 18 de febrero de 1954, por un señor Enrique Valay, exclusivo para los *Periódicos Lozano*. Por el gran interés que tienen para la historia, las agrego a esta narración, sin ningún comentario por no haber sido testigo del acontecimiento.

Por el mes de julio, supimos que Carrera Torres coadyuvó con el general Jesús Carranza en las tomas de las plazas de San Luis Potosí, Guanajuato, León, Celaya, y otras del centro de la república; que estuvo presente en los tratados de Teoloyucan, para la disolución del ejército federal y que acompañó al primer jefe del ejército constitucionalista, C. Venustiano Carranza en su entrada a la Ciudad de México; este hecho lo corroboramos con las fotos publicadas en la prensa de entonces, en donde aparece el general Carrera Torres, entre la comitiva, portando sombrero texano.

Como hemos dicho antes, Carrera Torres no había estado conforme con la designación del general Luis Caballero como gobernador y comandante militar del estado, por

lo que prácticamente los municipios de Tula, Bustamante y Miquihuana estaban sustraídos a la acción del gobierno del centro del estado, por lo que en agosto de 1914 llegó a Tula una fuerza como de 150 hombres de la gente del general Caballero, al mando del mayor Simón Guerra Osuna, para hacerse cargo de la plaza, llevando orden para el coronel Ruiz Molina, puesto por Carrera Torres como jefe de la plaza, para la entrega y que él se reconcentrara en Victoria. Ruiz Molina se puso luego en contacto con Carrera Torres, dándole largas a Guerra Osuna y no obstante los oficios del mayor José Guerra García (español), del estado mayor de Caballero, pues una tarde de aquellas, constituidos aquellos jefes en los altos de la casa propiedad del señor Catarino Chávez, esquina suroeste de las calles de Juárez y 5 de mayo, frente a la placita del Comercio, habiendo reunido en columnas a ambas tropas carreristas y caballeristas. El citado Guerra Osuna desde el balcón de la casa dirigió un discurso emotivo y lleno de patriotismo en favor del constitucionalismo, de allí pasaron al casino, donde aquellos jefes departieron amigablemente, por lo que supusimos que las cosas se iban a arreglar satisfactoriamente entre ambos. Pero no fue así, porque Ruiz Molina había recibido orden de Carrera Torres de dar tiempo, pues que él ya se dirigía a Tula con su gente, por lo que Guerra Osuna pidió órdenes a Victoria, habiéndosele ordenado, según se supo, volverse como se había ido. Cosa curiosa, en los momentos que Carrera Torres con un contingente respetable de tropas entraba a la ciudad por el Divisadero (entrada de San Luis), Guerra Osuna con su gente salía por el lado opuesto de la ciudad rumbo a Victoria, librándose la población de un combate que hubiera sido de consecuencias. Terminado este inci-

dente y reforzado Ruiz Molina con gente para sostenerse, Carrera Torres volvió al centro del país, habiendo llegado según supimos hasta Yucatán. También supimos que concurrió a la convención de Aguascalientes en unión de su hermano general Francisco Carrera Torres y del Ing. Vito Alessio Robles, declarándose en favor de la convención.

En el mes de noviembre, Carrera Torres llegó de nuevo a Tula con un fuerte contingente de tropas, iniciando su campaña en contra de las fuerzas del general Caballero, atacándolas en un punto conocido como hacienda de los Saldaña, cerca de la villa de Jaumave, haciéndolas reconcentrarse a esta villa. Dejó a su gente en plan de combate y pasó por Tula, pues se supo que había sido llamado a México por el general Pablo González, entablándose pláticas entre estos jefes, se dijo que Carrera Torres había ofrecido volver al constitucionalismo, por lo que se le proporcionaron armas, parque y dinero, volviendo a Tula, pero declarado en favor del villismo desde Querétaro y San Luis. En la población, todos aquellos movimientos nos tenían en tensión, pues cuando la gente pasaba por algún cuartel (había varios situados en diferentes partes de la ciudad), y se le daba el “quién vive”, no sabíamos qué contestar por la incertidumbre en que nos encontrábamos. En estas condiciones, Carrera Torres inicia formalmente su campaña en contra de las fuerzas de Caballero desde Jaumave hasta Victoria, plaza que atacó el cinco de enero de 1915, habiendo llegado hasta los suburbios de la ciudad. Cuando el general Caballero trataba de evacuar la plaza, llegaron por la vía del ferrocarril de Tampico en refuerzo de los generales Cossío Robelo y Artigas a cargo de la plaza, motivo por el cual los carreteristas se retiraron, pero dejando fuerzas en los lugares más

apropiados y estratégicos del camino para estar siempre a la mira de las fuerzas caballeristas.

A finales de marzo o principios de abril, pasó por Tula el presidente convencionista general Eulalio Gutiérrez, con su estado mayor, su gabinete y un cuerpo regular de tropas. Carrera Torres lo recibe proporcionándole alojamiento y por la noche un baile en el casino. Allí vimos a los generales José Isabel Robles, que era el ministro de Guerra, Lucio Blanco y Alejandro McKiney; Lic. José Vasconcelos, ministro de Instrucción Pública; Sr. Felicitas F. Villarreal, ministro de Hacienda, y muchas otras personas. Al día siguiente por la mañana, salieron con rumbo a Matehuala, S.L.P. y en un lugar llamado las Antonias, municipio de Bustamante, Enedino Jarquín, jefe de los tehuanos de la gente de Carrera Torres, los asaltó, haciéndolos huir en desbandada, pues los cogió de sorpresa, quitándoles muchos elementos de guerra y tomando muchos prisioneros. Entre ellos, los más notables, los generales Lucio Blanco y McKiney, y al señor Villarreal. Los tehuanos habían salido de la ciudad como de infantería y cuando regresaron venían de caballería trayendo los prisioneros entre las filas. A los soldados se les internó en la cárcel pública y a los jefes en la jefatura militar, habiendo permanecido algún tiempo en la ciudad, hasta que Carrera Torres les dio salvoconductos para que pudieran salir. Muchos soldados se dieron de alta. Este acto le fue muy criticado al General, pues la prensa de entonces y que por casualidad llegaba a Tula traía comentarios muy desfavorables.

A fines de ese mes de abril, Carrera Torres regresó a Cd. Victoria y cooperó con los generales Severino Ceniceros y Máximo García (villistas) a la toma de esta ciudad, y según

supimos fue nombrado gobernador y comandante militar, habiendo dejado en esta ciudad al coronel Ruiz Molina, avanzó hacia el norte llegando hasta Villa Aldama, N. L., en donde fue derrotado por fuerzas carrancistas, volviendo a Cd. Victoria en donde permaneció hasta fines de mayo, evacuando la ciudad ante el avance de los generales César López de Lara y Eugenio López, de las fuerzas caballeristas. Se dijo que en esta ciudad abrió varias casas de comercio para el pueblo y regaló maíz a la gente pobre. Abrió hasta su terminación la entonces calle Aldama de oriente a poniente. Esta calle lleva ahora su nombre Av. Gral. Alberto Carrera Torres, desde esa fecha es perseguido por las fuerzas de Caballero, siendo teatro de esta campaña el camino de Victoria a Tula, pues continuamente se libraban combates habiendo sido rechazado Carrera Torres hasta más allá de Palmillas.

A raíz de la prisión del general Lucio Blanco, por no haberlo fusilado, uno de sus subalternos, general Miguel Zapata, individuo atrabiliario y borracho lo más del tiempo, asesinó en su propia oficina al mayor José Ignacio Pavón, jefe del estado mayor del General, habiéndose puesto las cosas en esos momentos muy críticas ya que Zapata se reconcentró en su cuartel que se encontraba situado en la acera enfrente de la calle Lerdo de Tejada, entre las de Dr. Millet y Ramírez Guillén (esta casa ocupada por el cuartel fue la casa de familia del Sr. Cipriano Villasana, mi padre político). Fue comisionado para aprehender a Zapata, Enedino Jarquin con sus tehuanos, quien cogiendo de sorpresa a la guardia, la desarmó entrando por la fuerza al interior del cuartel, pero Zapata les había ganado la delantera porque brincó hacia un arroyo que colinda por el sur con aquella casa, y se escapó, aunque se le persiguió por muchas partes no lo atraparon,

sabiéndose entonces que Zapata vino a Victoria y se presentó con el general Caballero, ofreciéndole sus servicios en contra de su antiguo jefe. Aquí se le dieron elementos de todo género, gente, armas, parque, dinero, etc. En estas condiciones apareció por la hacienda de Calabacillas, municipio de Bustamante, en plena campaña en contra de Carrera Torres, reclutando gente de la descontenta para dirigirse a Tula, la cual atacó la tarde del día 29 de septiembre de 1915. La ciudad se encontraba al mando del general Francisco Carrera Torres, quien la defendió hasta el día siguiente por la mañana, pues Carrera Torres que tenía su campamento en la hacienda de La Presita, quien al tener conocimiento del ataque de Zapata avanzó en auxilio de Tula, pero Zapata que sin duda había previsto este caso, puso gente a la entrada de la ciudad por el camino de Victoria, allí se encontró con el general Carrera, quien tuvo que huir hacia el oriente, por lo que Francisco Carrera, tuvo que abandonar la ciudad como a las siete de la mañana huyendo también hacia el oriente para reunirse con su hermano Alberto, quedando por lo tanto desde aquella fecha cortados hacia aquel rumbo. Zapata tomó posesión de la plaza alrededor de las nueve de la mañana del día 30 de septiembre de 1915, quedándose como jefe de la plaza y a las órdenes del general Caballero, gobernador y comandante militar del estado. A los pocos días llegó a Tula el coronel Procopio Elizondo de las fuerzas de Caballero con un buen contingente de estas tropas, normalizándose un poco la situación.

En noviembre, el día 12 ó 13, se tuvo conocimiento de que procedente del centro de la república se acercaba a Tula (*ilegible*)... el presidente convencionalista don Francisco Lagos Cházaro con su gabinete, custodiado por las

fuerzas del general Benjamín Argumedo, con seis o siete mil hombres, sabiendo además que el general Carrera Torres, que como hemos dicho se encontraba por el oriente del municipio, salió al encuentro de éstos en la hacienda de Cruces, distante de la ciudad entre treinta y cinco y cuarenta kilómetros al sur, pidiendo ayuda para recuperarla a cambio de entregarles un tesoro que tenía escondido. Argumedo le facilitó un fuerte contingente de tropas sólo por un día, porque ellos venían perseguidos muy de cerca por tropas carrancistas.

El ataque a Tula comenzó como a las once de la mañana del día 15 de noviembre. Carrera Torres con su gente atacó por el oriente y las fuerzas de Argumedo por el sur y el poniente. Se combatió toda la tarde y parte de la noche pero la ciudad no fue tomada, pues estaba defendida como por más de tres mil hombres al mando de los generales Zapata, Benecio López, Pedro Rosales Arellano, Juan N. Guerra, coronel Procopio Elizondo y otros más. El combate fue muy sangriento y reñido, las fuerzas defensoras perdieron la posición del cerro del Picacho, conservando todas las demás posiciones, como el Cerro de la Cruz, el Cerro del Camposanto Viejo al sur, y el Cerro del Aire al noreste. En las primeras horas de la mañana del día 16, se pudo ver que las tropas de Argumedo abandonaban sus líneas, siguiendo su camino hacia el poniente, por el rumbo de Nahola, pues las tropas carrancistas venían pisándole los talones.

Era un contingente como de quinientos hombres muy bien equipados al mando de un coronel llamado Juan Torres, que llegaron a Tula como a las diez de la mañana, saliendo a recibirlos con demostraciones de júbilo el estado mayor de la plaza con el general Zapata a la cabeza, hasta

la calle denominada El Divisadero (entrada de los pueblos del sur). Se repicaron las campanas y todos salimos a la calle para ver llegar a la tropa. Se dijo que la gente de Argumedo iba muy desmoralizada y venía desertando, que si ayudó a Carrera Torres, había sido sin duda porque consideraron tomar la plaza rápidamente para hacerse de recursos y continuar su marcha. El coronel Torres y su gente duraron dos o tres horas en la ciudad, sólo el tiempo indispensable para aprovisionarse, ya que luego siguieron su camino por el mismo que llevaba Argumedo, de manera que los generales Carrera Torres volvieron a quedar cortados hacia el oriente del municipio.

Desde esa fecha ya no se tuvieron noticias de Carrera, sólo supimos que ante su fracaso se dirigió al centro del país, presentándose en la Ciudad de México, en donde quedó prisionero. Su gente siguió alzada al oriente del municipio, siendo entonces perseguidos tenazmente por las fuerzas de Caballero, persecución que se prolongó por algún tiempo, aunque después supimos que el general Francisco y la gente que lo acompañaba fueron hechos prisioneros y conducidos a Tampico, quedaron todavía alzados algunos grupos de su misma gente, diseminados por las rancherías, haciendo daños y amenazando continuamente a la población. Escasearon los alimentos, especialmente el maíz por la inseguridad de los caminos, de tal manera que llegó un día en que la situación se hizo insostenible, ya que hasta las mismas fuerzas que guarecían la ciudad exigían a los vecinos, por lo que mucha gente de la que todavía quedábamos en la ciudad buscamos la manera de abandonarla y con mayor razón, cuando supimos la invasión de las fuerzas americanas a territorio mexicano en junio de 1916, por insinuación del jefe

de plaza general Eugenio López, formamos un cuerpo de voluntarios, que luego él quiso utilizar a manera de defensa social, con el pretexto de que sus tropas tenían que estar en movimiento constantemente en persecución de los carteristas que continuaban haciendo daños por las ranherías. Desde entonces vine a vivir a esta ciudad en junio de 1916.

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE

En el mes de febrero de 1917, me encontraba en Ciudad Victoria trabajando como escribiente del juzgado instructor militar, adscrito a la 5ª división de esta ciudad, con el grado de capitán 2º asimilado, cuando llegó la noticia de que traían preso de la Ciudad de México al general Alberto Carrera Torres, lo cual me puso en tensión, pues pensé desde luego que sería consignado al juzgado en donde prestaba mis servicios, como así fue, pues el día 13, a las diez de la mañana se presentó una escolta al juzgado trayendo entre filas a Carrera Torres. El oficial que mandaba la escolta entregó al juez un oficio y con él al prisionero. El juez, enterado del oficio, ordenó al secretario acusara recibo y diera la orden de detención para el jefe de la penitenciaría, edificio que en aquella época se encontraba al norte de la calle Matamoros, entre los números 5 y 6 de esta ciudad.

Vi al general que vestía traje civil de color azul oscuro, portando sombrero bombita y apoyándose en un bastón; usaba anteojos pues ya he dicho que era miope. El teniente coronel Margarito Guerrero Fuentes, era el juez instructor militar, y el capitán 1º José Castro Muñiz, era el secretario, quienes se encerraron en el despacho para iniciar el proceso, llamando a uno de los escribientes.

El juez conservó el proceso en su escritorio con llave y ellos personalmente se dieron a practicar las diligencias, trasladándose varias veces a la prisión para tomar declara-

ción al General, que se encontraba, según me informó el secretario, en la crujía número 1, como venía ordenado, el proceso debía instruirse en la vía sumaria. La jefatura de la plaza nombró al personal del consejo de guerra que conocería el proceso, reuniéndose la noche del día 15 de febrero e instalándose en el local que ocupó tiempo después el H. congreso del estado (frente a la Plaza Hidalgo, acera norte de la calle Morelos entre los números 8 y 9, en donde actualmente se levanta el Teatro Juárez). Fue presidente del consejo el coronel Julio de la Llata; fiscal, el teniente coronel Porfirio Flores; defensor, el teniente coronel Agustín Aguirre Garza (entonces pasante de derecho), entre los vocales recuerdo al teniente coronel Tiburcio Quilantán (originario de Jaumave) y a Faustino Torres, que habían combatido en contra de Carrera Torres, entre esta ciudad y la de Tula, los cuales le tenían rencor; no recuerdo el nombre de los demás integrantes del consejo. A los escribientes que como he dicho teníamos grados militares asimilados, se nos ordenó estar presentes formados en el lado izquierdo de la plataforma en donde está instalado el consejo, encontrándose en el presídium el juez y el secretario.

Había allí también algunos jefes que concurrían como testigos y unas señoras, que luego supe eran viudas de unos señores Villanueva, vecinos de Jaumave y a quienes el General había mandado fusilar; las cuales declararon en su contra. El General ocupó poco al defensor, pues él personalmente se defendía (ya he dicho que tenía práctica en asuntos judiciales). Durante las fases del consejo, Carrera se mantuvo sereno y contestaba con entereza las diversas preguntas que se le hacían o explicaba por sí solo lo que estimaba conveniente, habiendo durado la instrucción de las

nueve de la noche hasta cerca de las dos de la mañana del día 16. Recuerdo un caso chusco durante la instrucción: el coronel Rodrigo Flores Villarreal, viejo revolucionario, increpó a Carrera Torres sobre algunos incidentes de la campaña en el camino de Victoria a Tula, a lo que el General, con cierta ironía contestó más o menos así: “Sí, usted fue uno de los que correteamos en Jaumave”. A lo que el coronel Flores replicó con palabras malsonantes, siendo motivo para que el presidente del consejo, sonando el timbre les llamó la atención, ordenándoles guardar compostura. Terminada la instrucción, el personal del consejo se retiró a deliberar, quedando el prisionero sentado en el banquillo custodiado por una escolta. Durante este tiempo se le vio entero, consultando algunos papeles que sacaba de la bolsa del pecho del saco, pidió agua y conservó su estado ecuánime, fijando su vista varias veces en la gente que rodeaba la plataforma. Varias veces se paró a descansar y ver al público que llenaba el salón, pues debo decir que estaba materialmente lleno de gente de todas las clases sociales, especialmente militares. Había un cordón de soldados frente al local y otro en el patio del mismo, pero la gente tenía acceso al salón, siendo previamente revisados por si portaban armas. Me observó varias veces.

Reanudado el consejo, el presidente dispuso que el público se pusiera de pie y el juez instructor diera lectura a la sentencia, la cual fue la pena de muerte. Sería pasado por las armas por varios delitos, entre ellos el de traición a la causa constitucionalista. El General escuchó sereno la sentencia y contestó inconformándose con ella, alegando incompetencia del consejo y pidiendo revisión ante la jefatura de la plaza, exponiendo varias razones que escribió el

secretario del juzgado, que calzó con su forma. Se iba a dar por terminado el acto, cuando el prisionero se adelantó ante la mesa del consejo y dijo más o menos así: “Señor presidente, deseo poner algunos mensajes a personas a quienes necesito hacerlo y pido a usted se sirva proporcionarme un escribiente, como veo entre la fila de la izquierda al señor Esteban Núñez, le ruego si no tiene inconveniente, que él sea la persona que se me proporcione”. El juez, coronel de la Llata, me dijo: “Capitán 2º Esteban Núñez, póngase a las órdenes del general Carrera Torres”, y cuadrándome lo hice a continuación. Excusado, es decir, que el público se puso pendiente de mí. Nos saludamos y habiéndonos proporcionado una pequeña mesa que allí había, tomé papel de la mesa del consejo y me puse a sus órdenes. Lo primero que me preguntó fue que cómo me encontraba allí, informándole que desde el año anterior trabajaba en el juzgado como escribiente, manifestándome luego que le daba gusto encontrar un amigo en los momentos más críticos de su vida, “pues estos me fusilan”. Le repliqué que no fuera pesimista ya que tenía amigos influyentes en la revolución. “Es verdad –contestó– pero ahora todos me han olvidado y además el general Obregón (era ministro de Guerra), me entregó a mis enemigos y con premeditada intención, tenía más de un año de encontrarme preso en México y nadie se había acordado de mí, hasta ahora que fueron éstos”.

Hablamos de otras cosas, me preguntó por mi familia, así como de algunos viejos amigos, mientras tanto me dictó cuatro telegramas; el primero a don Venustiano Carranza, primer jefe del ejército constitucionalista; el segundo a la señora Virginia Salinas de Carranza, esposa de aquél; el tercero al general Cándido Aguilar y el último al

general Cesáreo Castro; él conocía las direcciones. A don Venustiano le pedía indulto en nombre de la revolución y de la sangre de Madero y Pino Suárez, y a los últimos pedía que intercedieran en su favor ante el primer jefe. Habiendo terminado de dictármelos, metió la mano al bolsillo del chaleco y no encontró dinero, por lo que el coronel Juan E. Richer, jefe del estado mayor de la jefatura de la plaza, que en unión de otros militares se encontraba sentado frente al barandal de la plataforma, me llamó preguntándome qué pasaba, contestándole que el General tenía urgencia de depositar aquellos mensajes, pero no tenía dinero; por lo que, sacando algunas monedas, me ordenó: “Vaya a ponerlos usted mismo”. Carrera dio las gracias al Coronel y yo salí del salón; eran las cinco de la mañana.

La oficina de telégrafos estaba ubicada en esa fecha en la esquina noreste del crucero formado por las calles de Matamoros y la del No. 9 (actualmente hay allí una panadería), allá me dirigí a toda prisa, casi corriendo para evitar que alguno me siguiera, pues ya he dicho que en aquellos momentos, había sido el blanco de las miradas del público. Los deposité con el carácter de urgente, sin fijarme en lo que cobraron, pues mi emoción era muy grande. Regresé entregando al General los recibos y el cambio al Coronel. Platicamos todavía algo más, entre otras cosas, la más solemne que recuerdo con unción: “Como tengo la seguridad de que me fusilan, le encargo diga usted cómo me he portado en este acto, cuando me encuentro en medio de mis enemigos y sentenciado a muerte”. No pude contestarle, concretándome a darle un abrazo que fue la despedida. Se dirigió al presidente del consejo y le dijo más o menos así: “Señor presidente, muchas gracias, está desocupado el señor

Núñez”, ordenándoseme volver a mi lugar, dándose por terminado el acto y disolviéndose el consejo. Esta fue la última vez que vi y hablé con el general Alberto Carrera Torres. Hace cuarenta años (16 de febrero de 1957).

Ese mismo día 16 por la tarde como a las cuatro, se dispuso el fusilamiento, pues la jefatura de la plaza no estimó las razones expuestas por el general, ratificando por consecuencia la sentencia del consejo. Yo pedí al juez me eximiera de concurrir al fusilamiento, pues no creía que allá se necesitara de los escribientes, a lo que el juez accedió, manifestándome que efectivamente, ya no se necesitaba de los servicios de los escribientes, que si lo había hecho la noche anterior, había sido sólo para llenar la formalidad. Quedamos en el juzgado solamente el ordenanza J. Refugio Castillo y yo.

El fusilamiento tuvo lugar en el cementerio de esta ciudad, al regresar los compañeros me informaron que el General había llegado al lugar del patíbulo con entereza y erguido, sin demostrar abatimiento ni cansancio. Había sido jefe del pelotón ejecutor el coronel Tiburcio Quilantán (quien como he dicho le tenía rencor), fue él que le dio el tiro de gracia. Sus prendas, el bombín, bastón y anteojos, los había recogido la familia Legorreta, (esta familia conservaba amistad con el general desde que estuvo en Tula en 1915 por azares de la revolución), además proporcionó la caja para inhumar el cadáver, habiendo dado fe de su muerte entre otros médicos el Dr. Cipriano Guerra Espinosa, quien concurrió más tarde al juzgado del registro civil para levantar el acta de defunción. Yo he tenido a la vista el libro original y he leído el acta que dice que el Dr. Guerra Espinosa se presentó a las cinco de la tarde y dijo que: “Hoy a las cuatro y media de la

tarde dejó de existir por heridas de arma de fuego el señor Alberto Carrera Torres”, exhibiendo el certificado médico.

Han pasado los años y puedo afirmar que el único que contestó uno de los telegramas fue el general Cesáreo Castro, en el sentido de que se dirigía urgentemente al C. primer jefe pidiéndole indulto en su favor; al menos este fue el único que se recibió en el juzgado y del que me di cuenta, pues ya he dicho que el proceso está siempre al cuidado personal del juez.

El juzgado instructor militar fue clausurado el día último de febrero de 1918, recogiendo el archivo la jefatura de la plaza, comisionando para el efecto al coronel Julio de la Llata (que había sido presidente del consejo de guerra, como lo he expresado). A nosotros los empleados se nos dio de baja, pero se nos dijo que si queríamos seguir trabajando, la jefatura nos recomendaría para incorporarnos al juzgado instructor militar de la plaza de Monterrey en donde se encontraba la jefatura de la zona. Ignoro si aquel archivo pasó a Monterrey o quedó en la jefatura de esta plaza, pero sí hago constar que en ese archivo debe encontrarse aquel proceso que se instruyó al general Alberto Carrera Torres, como testimonio de la época aciaga en que vivió la república en aquella fecha de triste recordación.

Ciudad Victoria, Tamaulipas, 16 de febrero de 1957.

ESTEBAN NÚÑEZ NARVÁEZ

Siguiendo la huella de su coterráneo y maestro profesor Manuel Villasana Ortiz, que había escrito como vimos: Tula en 1810, don Esteban Núñez complementa en forma muy distinta la historia de nuestra población del noreste tamaulipeco y nos deja una preciosa muestra de lo que puede hacer un testigo de su tiempo y de su ciudad, un verdadero cronista que ama su natal solar. Tan sólo por este simpatiquísimo librito cabe un lugar especial al señor Núñez en esta nuestra historiografía.

Nació en la ciudad de Tula, Tamaulipas, el 3 de agosto de 1888. Fueron sus padres don Pedro Núñez y doña Concepción Narváez, originaria de la congregación de Santa Ana de Naola. A los doce años (pues así era la costumbre), acude a la escuela superior de varones (sistema lancasteriano), dirigida por el maestro de tres generaciones de Tula, Tam., don Manuel Villasana. En esa institución fue compañero de banquillo del general Alberto Carrera Torres, quien se encontraba hospedado en Tula en la casa de los señores Villasana Ortiz para dedicarse al estudio. El inspector escolar de la región era en aquel entonces el maestro Alberto Villasana. Terminó su instrucción a los dieciséis años, ingresando posteriormente a la escuela de derecho que existió en la ciudad de Tula, a cargo del licenciado Telésforo Villasana, diputado del congreso de don Francisco I. Madero, donde continuó siendo compañero de Alberto Carrera Torres. Como los estudios eran un tanto informales, Núñez se

dedicó a ser secretario del juzgado y Carrera Torres a litigar. En el año de 1911 (11 de enero), contrajo matrimonio con una sobrina de sus maestros, la señorita Guadalupe Villasana Salinas, con la que procreó siete hijos: Pedro Alfonso, Miguel, Ma. Guadalupe, Ma. del Carmen, José David, Jorge y Estefanía. En el año de 1917, por azares de la revolución, se trasladó caminando, en unión de su familia, por las serranías, radicándose en Ciudad Victoria, donde a los tres días se colocó en la tesorería municipal. En el año de 1925 pasó a ocupar el puesto de gerente de la Cámara Nacional de Comercio en esta ciudad, cargo que desempeñó durante 39 años hasta su fallecimiento, ocupando sus momentos libres en escribir la historia de México de la que fue gran apasionado.

En el libro *Tamaulipas Histórico y Literario* del profesor Manuel Guajardo, se le destaca como una de las figuras literarias más importantes de Tamaulipas, comentando el citado señor Guajardo la extraordinaria calidad literaria de la poesía que dedicara a la insigne educadora Estefanía Castañeda.

Es autor del folleto titulado *Tula en 1910*, inspirado en la obra anterior de su maestro don Manuel Villasana, *Tula en 1810*.

Le tocó en suerte con el grado de capitán 2º, ser secretario del juzgado instructor militar en el consejo de guerra que juzgó y sentenció a muerte a su compañero y padrino de bodas, Alberto Carrera Torres, habiendo escrito una crónica titulada: *La última vez que vi y hablé con el Gral. Alberto Carrera Torres*, la cual fue leída por su hijo el licenciado Jorge Núñez Villasana en el congreso nacional de historia de la revolución mexicana, que se llevó a cabo en la ciu-

dad de Monterrey, N.L., en noviembre de 1970, donde fue muy elogiada habiendo recibido mención honorífica. Murió en Ciudad Victoria el 2 de enero de 1965.

En el libro *Tula en 1910* (Ciudad Victoria, 1950), don Esteban traza en primer lugar un panorama de la Tula de esa época que llegó a su “año cumbre” en 1911, habiendo comenzado su descenso con el arribo de la revolución. *Tula en 1910*, fue un emporio de riqueza, ya que se gozaba de una paz envidiable. Era digno de mención el tráfico por medio de coches-diligencias con la ciudad de Cerritos, S.L.P. También lo era la carretera Tula-Ocampo, que se había puesto en uso en las postrimerías del gobierno del coronel Pedro Argüelles; esta carretera quedó destruida por el ciclón de agosto de 1909. Recuerda con fruición los trenes de carros de transporte de las casas comerciales que llevaban y traían mercancía. Hace notar que las familias de Tula eran afectas a las bellas artes y al buen vivir. Había casino y concurrían caballeros de frac, sombrero alto y bombín. Hace recuerdo de las orquestas y de los vales de la época en las noches de la Tula romántica. Evoca la Alameda chica y en ella la capilla del Rosario, “una capillita que era entonces como una taza de china”. Y el vals *Lindas Tultecas*, compuesto por un músico local.

Da fe de algunas de las costumbres del pueblo como las bodas y los sitios donde se celebraban en la ciudad, en los ranchos cercanos y de cómo arribaban al rancho casados en misa de siete.

Carlos González Salas

ÍNDICE

PRESENTACIÓN | 13

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL GENERAL
ALBERTO CARRERA TORRES | 17

PRIMERA PARTE | 19

SEGUNDA PARTE | 33

TERCERA Y ÚLTIMA PARTE | 59

ESTEBAN NÚÑEZ NARVÁEZ | 69

Las últimas horas del general Alberto Carrera Torres
Esteban Núñez Narváez

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2013,
se utilizó la fuente Adobe Caslon Pro.

Se utilizó papel cultural.
Su tiraje fue de 1000 ejemplares.



Tamaulipas
GOBIERNO DEL ESTADO

 **CONACULTA**



Tamaulipas
ESTADO FUERTE PARA TODOS